Acompañé a tía Asun a la tradicional visita a los templos de la ciudad, algo nuevo para mí y que me sirvió para conocer mejor el arte y las tradiciones sevillanas.  Una de aquellas mañanas, acudimos a la parroquia de San Gil, donde se admiraba la imagen de La Esperanza Macarena, más conocida popularmente como "La Macarena", la más venerada por tía Asun y por muchos sevillanos.

La madrugada del jueves al viernes santo, es el momento culminante de la Semana Santa de Sevilla. La población inundaba las calles que conformaban la carrera oficial. Las diferentes cofradías iniciaban su peregrinar saliendo de sus sedes hacia la media noche, regresando al despuntar el alba o durante la mañana del viernes. Especialmente emocionante era el transcurrir de los pasos por las estrechas calles del centro de la ciudad, donde apenas podían maniobrar. Con tía Asun, dispusimos de un lugar preferente junto al matrimonio Ruiz de Alarcón en un balcón de la calle Sierpes, convenientemente engalanado para el evento. Dado lo estrecho de la calle, a duras penas entraban los pasos. El silencio era tal que podía sentirse la respiración de los costaleros. El capataz, encargado de dirigir el paso, se colocaba en la parte delantera al cuidado del llamador para ejecutar las órdenes. Los costaleros, obedecían las indicaciones al unísono, en hábiles maniobras tantas veces ensayadas a lo largo del año. De repente, el silencio de la noche se rompió con la voz desgarrada de un cantaor entonando una  saeta, que provenía de un balcón cercano. Al oírla, el capataz ordenó la arriá del paso para escuchar el cante, realizado con emotivo fervor. La chicotá, recorrido que realiza el paso entre dos paradas, se inició de nuevo con una levantá hasta el cielo hispalense, cuando el capataz dio un golpe característico con el llamador y los costaleros levantaron el paso como si de un solo hombre se tratara para seguir su recorrido. Con la emoción contenida pude ver como corrían dos lágrimas por el rostro de tía Asun, que me miraba intentando sonreír. A partir de ese momento, con el bello erizado, empecé a comprender el significado de la tradición. Me sentí plenamente integrado como un sevillano más.